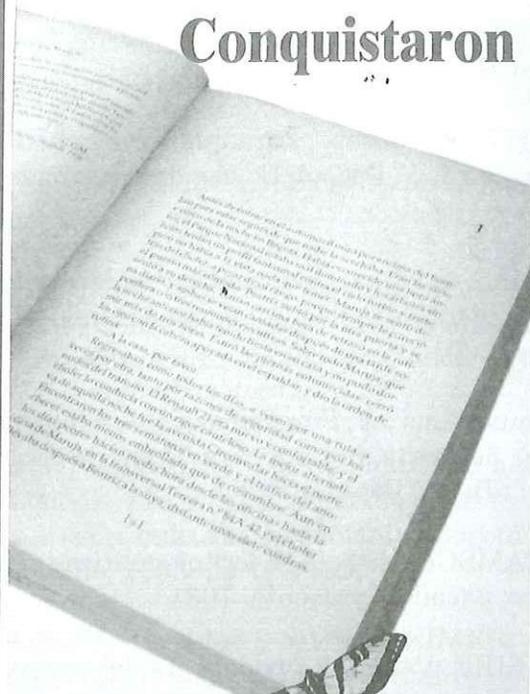


Las Espadas nos Conquistaron



Nuestras Letras Conquistan al mundo

Realizado por Gerardo Bohórquez y Karina Silva. Segundo semestre de 2004.

En el encuentro con el otro -generalmente distinto a mi-, se pone en escena un proceso de comunicación en el que se otorga un mutuo reconocimiento de la conciencia de cada uno y se configura una imagen de sí mismo. En la historia de Latinoamérica, el proyecto de conquista y colonización desconoce ese intercambio de identidades, a tal punto que la solución ante el dilema que plantea la otredad es la destrucción, la guerra y la muerte. Ante la evidencia de la otredad del latinoamericano, él explora la palabra escrita -con su literatura, poesía y ensayística- para convocar al encuentro con el otro, desde un espacio propicio para la conversación, el diálogo y el consenso que facilite resolver quiénes somos y cómo nos ven los otros.

VOCES DE LOS ESTUDIANTES

Identidad Latinoamericana

Paula Alejandra Carrillo Peña

Ordenar, pensar y producir la vida social

Erika Tatiana Ariza Hernández

La identidad se contruye... de reconocer un pasado, comunicarlo a un presente, para transformar el futuro

Luís Alfonso Cárdenas Mateus

Reflexión histórico-cultural de las voces silenciadas en América Latina

Rebeca L. Galindo Miranda

VOCES DE LOS ESTUDIANTES

Identidad Latinoamericana

Paula Alejandra Carrillo Peña

El objeto del presente texto es buscar en algunos hechos del pasado, elementos que nos permitan interpretar la realidad que vivimos día a día y descubrir algunos rasgos que son comunes al colectivo latinoamericano. Estos han sido establecidos en un espacio cargado simbólicamente, de manera que ya no se comprende como el lugar físico donde se transita, sino el entorno donde la gente está, se relaciona y se comunica. Por tal razón, se ha producido el encuentro de diferentes culturas, cosa que ha generado conflictos sociales y políticos, pero a la vez diversidad. Pero a pesar de esta diversidad, ¿dónde quedan aquellos pueblos, que son llamados “minorías”, cuando la verdadera minoría es la que está gobernando nuestra memoria colectiva? La mayoría de la población, incluidos los rechazados por la sociedad, es decir, la gente de estratos bajos y costumbres indígenas, entre otros, no tenemos un pasado que nos represente y por tanto, nuestro presente carece de una conciencia colectiva que nos identifique. Por esto, muchos de los latinoamericanos vamos “hacia donde nos lleve el viento”, debido a que, como dice Ernesto Sábato: “Aquellos pueblos que pierden la memoria son como hojas secas arrastradas por el tiempo”.

Por otra parte, la memoria de nuestra sociedad está llena de mitos que se han arraigado fácilmente en nuestro pensamiento gracias a la comunicación. Según Baczkó, “en las mentalidades, la mitología nacida de un acontecimiento a menudo prevalece sobre el acontecimiento mismo”¹; motivo por el cual, hechos como el de la “batalla” de Boyacá han

sido exagerados para reforzar y corroborar un imaginario social cohesionador, en este caso, el del pueblo colombiano. Este tipo de expresiones representa un intento por llenar ese vacío que invade a lo latinoamericano (o más que vacío, confusión; porque aunque no tengamos definida nuestra identidad, existe de alguna forma...) para unir mediante la exaltación de discursos nacionalistas. Es por ello que Jesús Martín-Barbero afirma que “la desmitificación de las tradiciones y costumbres desde las que, hasta hace bien poco, nuestras sociedades elaboraban sus textos de confianza, desmorona la ética y desdibuja el hábitat cultural”². Desde este punto de vista, se supondría que la nación es “rescatadora” de identidades, porque sobre ésta se fundan los valores de nuestra sociedad, así como la práctica de la ciudadanía y las normas culturales que poseemos. A pesar de ello, con la creación del sentimiento nacional se merma lo regional; por tanto, se podría hacer una analogía con la globalización porque no se pierde ese sentido de “nación”, sino que en vez de dársele una aplicación local, se sigue con la misma lógica desde un punto de vista global. Es decir, así como en lo nacional se ignoran identidades locales para unificar un país, en la globalización (o tardomodernidad, como prefiere llamarla Barbero) se olvida lo nacional “en pro de una misma cultura universal”. Como consecuencia, ese sentimiento nacional no podrá actuar como salida a la homogeneización pues impulsa el establecimiento de lo masivo como sustituto de lo popular, ideas opuestas por el hecho de que la primera “piensa los procesos sociales desde la hegemonía por la que se lucha, en la que se constituyen las clases y se transforma incesantemente la relación de fuerzas y sentidos que componen la trama de lo social”³, mientras que en la segunda

¹ Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, p. 12.

² Jesús Martín-Barbero, *Experiencia audiovisual y desorden cultural*, CES-UNAL, Bogotá, 1998, p.33.

³ Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones*, Ed. Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2003, p. 114.

hay una “comprensión de los procesos sociales basada en la exterioridad conspirativa de la dominación”⁴.

Aparte de esto, los mitos establecen estereotipos, en los que todo se reduce a bandos de buenos y malos; caen en el error del maniqueísmo, comprendido como la tendencia a interpretar la realidad sobre la base de una valoración dicotómica, a partir de la cual se simplifica nuestra identidad, que es compleja, para verla como un proceso lineal. Es así como los principios de inclusión/exclusión que se han dado a lo largo del tiempo, permiten explicar la composición de nuestra sociedad.

Otra de las características de los latinoamericanos es que pensamos que “todo será mejor algún día” y soñamos con cuentos como el de la lechera. Por eso todavía seguimos esperando un futuro “digno”; anhelamos la venida de un salvador que nos arregle todos los problemas, en vez de empezar a solucionarlos desde ya. El concepto de mesianismo se ve claramente en esta necesidad, de manera que la religión y la fe se encuentran siempre en la base de nuestro pensamiento; no se cierra a los creyentes, sino que se hace presente en muchos otros ámbitos, por ejemplo, el de la política. El principio refundacional⁵ que abunda entre nosotros se manifiesta al invocar constantemente al cambio, a un después, etc.

Otro elemento que nos caracteriza son los deportes, que nos brindan la única oportunidad de vencer a las grandes potencias y así, reducen un poco el sentimiento de inferioridad que tan a menudo se hace presente entre nosotros. En Latinoamérica, el fútbol es el deporte que más adeptos tiene. En él se descargan de las emociones de todo un país y se manifiestan sus ideales, pasiones y sus protagonistas se convierten en símbolos. Nada es tomado tan en serio, porque se convierte en una lucha de significación, por lo cual se da una lógica invertida: “las cosas serias son tratadas con desdén y aquello que no pasa de un juego, como el fútbol, es

considerado una cuestión de Estado”⁶. Esto se da porque “lo que está en juego es una competencia entre países en que las comunidades imaginadas se enfrentan con todos los sentimientos que están asociados a los estados-nación. Incluso podría afirmarse que (...) pasa a ser una forma lúdica de sustituir a la guerra por un juego con vencedores y vencidos. Siendo así, hay un paralelismo entre acciones bélicas y futbolísticas, estableciéndose una relación metafórica entre estados-nación y fútbol”⁷. El fútbol contribuye a la creación de imaginarios y por ello resulta imprescindible para definir nuestra identidad.

La telenovela latinoamericana es otro ámbito que corrobora un imaginario desde la creación de contextos y la observación de prácticas cotidianas, relatos en que se sustenta nuestro ideal de nación. En ella transcurren acontecimientos relacionados con el amor y lo urbano “en su manera melodramática pero también la historia, la geografía, el mundo de vida, de lo regional, de lo local”⁸. Su éxito se determina en la medida en que la gente se vea representada allí. La trama siempre se basa en “el desconocimiento de una identidad y la lucha contra los maleficios, las apariencias, contra todo lo que la oculta y la disfraza: una lucha por hacerse reconocer. ¿No estará ahí la conexión secreta del melodrama con la historia del subcontinente latinoamericano?”⁹. La memoria, entonces, ¿no se verá influida en cierta forma por dicho género, que hace parte de nuestra rutina? La telenovela socializa en el sentido de que sus situaciones y conflictos son comentados, admirados o criticados entre varias personas y su espacio de circulación no se limita a la familia, sino que se amplía. Por consiguiente, se convierte en acto comunicativo mientras permita la interacción de pensamientos, tanto convergen-

⁴ *Ibíd.*, p. 114.

⁵ Carlos Mario Perea, *Porque la sangre es espíritu*, Santillana, Bogotá, 1996, p. 84.

⁶ Rubén Oliven y Arlet Damo, *Fútbol y cultura*, Editorial Norma, 2001, p. 10.

⁷ *Ibíd.*, p. 21.

⁸ Omar Rincón, *Cuadernos de nación: relatos y memorias leves de nación*, Ministerio de Cultura de Colombia, Bogotá, 2002, p. 78.

⁹ Jesús Martín-Barbero y Sonia Muñoz, *Televisión y melodrama*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992, p. 27.

tes como divergentes. La relación que tiene con el fútbol se fundamenta en esto y en que permite la fluidez de deseos; la emocionalidad se exterioriza y se convierte en una forma de expresar nuestro desconcierto ante esa identidad borrosa y perdida. Ambos “conducen a un encuentro del género con el país”¹⁰, debido a que, por ejemplo, la telenovela colombiana tiene rasgos específicos como el uso de la sátira, la burla y la mezcla de melodrama y comedia, la mexicana trae muchos estereotipos y excesos en el decorado, etc. Respecto al fútbol, también hay un estilo propio de cada país, por ejemplo, a Brasil se le conoce por su juego espontáneo, a Argentina por ser estructurado, entre otros. Siendo así, los dos establecerían características propias de la comunidad imaginada al representar fragmentos de identidades.

La cultura se manifiesta en estas actividades y se junta con la lógica mercantil en las mismas. Las telenovelas interpelan “lo que de pueblo pervive en la masa”¹¹ porque encuentran su origen en la novela de folletín y el melodrama y en ellas persiste la anacronía de lo popular y la repetición, pero esto es transformado y resignificado para acomodarse a los avances tecnológico-audiovisuales y las demandas culturales que van de lo regional a lo nacional y de aquí a lo transnacional. Esta hibridación con el mercado también es visible en el fútbol cuando se habla de clubes, pues los jugadores se venden al mejor postor. América Latina exporta piernas, como diría Galeano, y se confirma que “en el fútbol, como en todo lo demás, nuestros países han perdido el derecho de desarrollarse hacia adentro”¹². Por ello, nuestros clubes no son tan reconocidos afuera como los europeos. Los mejores jugadores emigran y así, otros se llevan la fama; hecho bastante frecuente en nuestra historia... alguien más se enriquece con nuestros recursos naturales, con nuestra

mano de obra, con nuestros deportistas, ¡y todavía se nos reclama deuda externa!.

Ordenar, pensar y producir la vida social

Erika Tatiana Ariza Hernández

Es a partir de esta disputa de legitimación y desprestigio que nacen los antagonismos, en los cuales como dice Cristina Rojas “Sólo sabemos quiénes somos cuando sabemos quiénes no somos, y a menudo solamente cuando sabemos contra quiénes estamos”¹³, mostrando claramente como en este proceso se llega a reconocer al adversario como blanco que debe ser acabado para que el ‘supuesto’ bueno pueda triunfar e imponerse. Esta violencia que se vive en los antagonismos se fundamenta en el defender y luchar por una idea que “porta un saber que se presenta solo y encierra un saber para pensar que no se piensa”¹⁴, es decir, una idea que está inundada de sentimientos que ‘supuestamente’ reafirman, representan y legitiman la identidad propia a partir del odio al contrario, una idea que es la base de una cultura de masas en la que se vive un ‘amor en potencia’ en el que todos luchan por un saber que no conocen ni piensan pero que los hace iguales, comunes, los legitima y les da aquello que tanto anhelan: una identidad.

De acuerdo a lo anterior haré referencia a la siguiente frase que muestra de forma clara la base de ese discurso proveniente de las ilógicas ideas que se siguen sin conocer el por qué. Esta frase dice que: “El horror, la argumentación sorda y el exterminio de la reserva electoral se convierten en la operación simbólica de una violencia que invade el dis-

¹⁰ *Ibid.*, p. 65.

¹¹ *Ibid.*, p. 13.

¹² Eduardo Galeano, *Ser como ellos y otros artículos*, Siglo XXI, 1999, p. 38.

¹³ Cristina Rojas, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Ed. Norma, Bogotá, 2001, p. 323.

¹⁴ Carlos Mario Perea, *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*, Ed. Santillana, 1996, p.84

curso político”¹⁵: un horror que convierte a la política en un escenario de exterminio al adversario; una argumentación sorda que no permite la comunicación entre las colectividades para llegar a un acuerdo o reflexión y una desconfianza a la democracia. Cabe mencionar que el discurso ha sido desde siempre un arma de poder para quien busca imponerse y legitimarse utilizando como instrumento el lenguaje, pues éste se convierte en el arma de violencia que construye ese discurso histórico que edifica una realidad y busca hegemonizar la narración de quien lo construye. Además de esto hay que reconocer que el discurso lleva consigo representaciones sociales que determinan la forma de ver el mundo y el comportamiento del sujeto. Todos estos discursos e ideas se fundamentan en un referente simbólico que se basa en un código imaginario religioso que representa una simbólica en la que existe un agresor, un agredido y un salvador. En estas representaciones el elemento religioso se manifiesta en esa idea de “la sangre como símbolo del sacrificio que limpia y purifica”, es decir, la salvación tiene que pasar por la muerte, por la sangre que corre y purga, una sangre que es ese espíritu que legitima la violencia. De igual manera, la simbología religiosa se mezcla en la idea de un salvador, de un mesianismo, que de cierta manera conserva las características del Mesías salvador que murió para salvarnos del pecado.

En consecuencia, de esta disputa de ideas y discursos nace una violencia simbólica en la que se muestra como toda violencia está marcada por un acto de venganza en el que cada cual busca imponerse y mostrar su valentía y honra, una violencia que se ha hecho manifiesta desde las épocas de civilización en las que valiéndose de la agresión física y verbal el civilizador buscaba que su ‘civilizado’ fuera tal como según quería. Esta situación nace una economía política de la comunicación que se divide en tres etapas: la primera hace

referencia a una producción de sentidos, es decir, una violencia de representación, le sigue una etapa de intercambio de sentidos basada en el discurso, por medio del cual (como afirmó anteriormente), se presentan unas representaciones sociales que rigen el comportamiento del sujeto, sus gustos y actuar; y una tercera etapa que hace referencia al consumo o recepción de estos significantes y discursos, además esta es la etapa en la cual se manifiesta la acción del individuo que pelea por una idea llena de sentimientos que lo mueven inconscientemente y lo llevan a una violencia física que no mide fronteras.

Todo esto se acompaña de una escritura de la historia que está basada en mitos y relatos que por medio de símbolos buscan expresar un conocimiento que presume de ser completo y coherente, mitos que “se traducen en una lucha por la significación en el espacio de la comunicación”¹⁶, una lucha que busca dar origen a las ciudades, establecer roles, dar representaciones sociales, es decir, dar visiones de mundo a partir de la historia de sucesos pasados de civilización y barbarie, de exclusión y poderío, de simbolismos. Mitos que en Latinoamérica intentan mostrar nuestra identidad, mitos religiosos: la fe católica; mitos políticos: la exclusión y la desobediencia a la ley; mitos culturales: la violencia y la deshonestidad, mitos que refuerzan y dan mayor validez a esa historia escrita por ‘nosotros’. En este punto se hace indispensable hacer referencia al papel de la memoria en la construcción de historias y mitos, puesto que es un conjunto de experiencias y recuerdos sueltos y colectivos que se encuentran para producir un sentido. A partir de la memoria es que se da razón a las grandes experiencias contenidas en mitos e historias según lo que a ese ‘nosotros’ le sea de beneficio, pues como dice Martha Mejía en su ensayo, “la memoria es la construcción que proviene de una toma de decisiones del ‘nosotros’ cuidadosamente seleccionada, apartando

¹⁵ *Ibid.*, p. 128.

¹⁶ Martha Lucía Mejía, “Mito, historia, memoria e identidad”, Documento mimeografiado, 2004, p. 5.

contenidos que producen miedos y privilegiando aquello que signifique goce para ese ‘nosotros’¹⁷, es decir, que así como esa memoria se construye también es olvidada, pues en ella se conserva solo lo que apoya al sistema imperante, todo lo que según ellos no sirva hay que olvidarlo, expulsarlo de la historia, de tal manera que los acontecimientos que sí convengan pasan a ser fechados y eternizados.

Dentro de este contexto los símbolos cumplen un papel fundamental puesto que son una forma de apropiarse, de formar parte y de distinguirse, es decir, de formar identidad a partir de los diferentes sistemas de representación, que en el caso de América Latina, se podrían enmarcar en los dos principales: el fútbol y la religión. El fútbol en América Latina es más que un deporte o una manera de distracción, es sobre todo un gran símbolo que hace parte de la identidad latinoamericana, pues es en él que todos nos hacemos una nación, y nos entregamos durante 90 minutos a esa representación simbólica en la que más que ser un equipo que debe ganar “un territorio que hay que defender, y otro que hay que invadir y penetrar para derrotarlo”¹⁸, es decir, es el encuentro de países y regiones en el cual quien gane no solo es mejor equipo, sino es mejor país o región, es más nación, tiene más identidad. Es por esto, que el fútbol en América Latina se ha convertido en esa esperanza y posibilidad de una identidad que no se consigue sino en medio de la lucha de piernas en la que todos queremos que nuestro equipo gane para imponernos, y sentirnos orgullosos por pertenecer a nuestro país o región.

Al igual que el fútbol, la religión es otra de las representaciones simbólicas latinoamericanas que nos da la ilusión de poseer una identidad y distinción con las culturas extranjeras, es por ello, que imágenes como el Divino Niño, los santos y la gran cantidad de vírgenes con diferentes nombres

se convierten en símbolos de algo que no poseemos, símbolos de unión, de una sola comunidad católica que lucha por una nación justa y equilibrada, símbolo de identidad y de tranquilidad porque tenemos en quien ser todos uno solo, porque poseemos una religión que nos convoca a ser una colectividad llena de representaciones que nos hacen únicos.

Partiendo de lo que se ha expuesto hasta ahora sobre representaciones simbólicas y la manera como ellas nos unifican es preciso referirse a ese “ordenar, pensar y producir la vida social”, a esa organización social llamada identidad, la cual nos invita a pensar sobre lo que fuimos, somos y seremos. Esta identidad no es un texto terminado producto del pasado, por el contrario, es una dinámica de construcción constante en la que todos hacemos parte esencial y en la que todos nos unimos como colectividad a través de símbolos, los cuales nos urgen y homogenizan.

La identidad se contruye... de reconocer un pasado, comunicarlo a un presente, para transformar el futuro

Luis Alfonso Cárdenas Mateus

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos? Alrededor de estos interrogantes se empieza a generar uno de los grandes problemas que tenemos con nuestra memoria personal y por ende con nuestra historia colectiva; pues si carecemos de la primera, será difícil concretar la segunda, siendo cada una de ellas, necesidades sociales indispensables; pues “la historia cumple para todo grupo la misma función que la memoria para cada individuo, que es la de darle un sentido de identidad que le hace ser él mismo y no otro”¹⁹. Entonces, la memoria y la historia son “la columna

¹⁷ *Ibíd.*, p. 7.

¹⁸ Ruben Oliven, *Fútbol y cultura*, Ed. Norma, Bogotá, 2001, p. 17.

¹⁹ Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en tiempo de crisis?* Ed. Pensamiento Crítico, Bogotá, 2003, p. 44.

vertebral de un pueblo, que ha evadido todo intento por investigarla, porque como nos han dicho y hemos creído que nuestro pasado es doloroso, no queremos recordarlo”²⁰, nos da miedo encontrarnos con nuestra verdad y es así como nos hacemos el siguiente planteamiento histórico en busca de una explicación al presente; si “quien controla el pasado controla el futuro y quien controla el presente controla el pasado”²¹, no podemos tener una certeza de lo que seremos, porque nuestro pasado fue controlado y no sabemos quiénes somos, porque el presente es aún más incierto que el vivido por nuestros antepasados.

Nuestra historia se ha tornado hegemónica, pues es el relato contado a partir de quienes se encuentran ejerciendo el poder, aquella minoría que busca la legitimidad de su discurso imponiendo como verdad absoluta una serie de hechos y circunstancias, que aunque ajenas a nuestros intereses identitarios, nos han vendido como única posibilidad de construir un pasado, encargándose también de manipularnos de tal manera que no tengamos la suficiente capacidad y valor para cuestionarlos, pues si lo hacemos, significaría romper con la continuidad y afianzamiento de una serie de creencias y mitos, que lo único que provocaría sería un desastre social en el cual quedaríamos perdidos sin una bandera o un escudo donde poder refugiarnos. Fue a través de la oralidad y la escritura, como se construyeron los mitos y creencias que llevan implícita la búsqueda de una unión nacional, para ello se han tenido que inventar una serie de símbolos, que tratan de mantener la credibilidad en torno a algo significativo y común a todos. Uno de ellos es el Estado, que protege y promueve la participación ciudadana en las decisiones tomadas por el gobierno que impliquen el beneficio o daño a su persona; una bandera, escudo e himno, como símbolos que representan la historia que se ha construido

en el transcurrir del tiempo y que poco a poco nos ha llevado a la consolidación de una unión e identidad nacional de la cual no estamos seguros.

De esta forma la memoria “aparece como un espacio de construcción histórica (renovación, recreación) en proceso constante, inacabable”²². Se podría decir que la memoria nos brinda la posibilidad de transformar aquella historia que hemos asumido, conociéndola, analizando como se ha aplicado en nuestro proceso de civilización y a partir de esto, darle un vuelco manejando un discurso desde nuestra propia elaboración, contado por nosotros mismos. La historia y la memoria, se deben convertir en piezas clave para la construcción de una Identidad latina. La primera, como un elemento constitutivo de la identidad, donde ambas son “inextricables del enfrentamiento inter e intra-societal que supone el choque entre la globalización y sus respuestas locales”²³, ligando completamente a la memoria, pues la recuperación de ésta, “es la recuperación de la identidad, tanto en los espacios colectivos como en los de su intersección con lo individual”²⁴, sin dejarla caer en una vulnerabilidad de la cual será difícil salir, pues debemos tener la convicción de que la memoria colectiva debe estar destinada como nosotros en el transcurrir por este mundo, a sobrevivir. Debemos recordar, pues ello implica “volver a pasar por el corazón, con todas sus cargas y consecuencias”²⁵, implica reconocer los errores del pasado y valorar el tiempo a manera de invertirlo en la construcción de un presente que augure un mejor futuro como consecuencia de las correcciones a través del tiempo.

²² Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano, *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Univ. del Cauca, Bogotá, 2000, p. 18.

²³ *Ibid.*, p. 14.

²⁴ *Ibid.*, p. 14.

²⁵ *Ibid.*, p. 20.

²⁰ Fernando Báez, Conferencia Ulibro, Universidad Autónoma de Bucaramanga, 2005.

²¹ Tomado de Joseph Fontana, op cit., p. 45.

Reflexión histórico-cultural de las voces silenciadas en América Latina

Rebeca L. Galindo Miranda

La insaciable búsqueda de comunes denominadores y del 'inacabado' proyecto identitario de la cultura latinoamericana, nos invita a explorar un contexto social diferente como lo es el de la cultura popular, esa parte del espíritu que se niega a dejar de reír, ya que es dentro de éste que encontramos uno de los aspectos que nos distinguen de otros grupos sociales. La cultura en América Latina se caracteriza por ser una cultura 'de la oralidad', es decir, donde la tradición oral permanece. Actualmente, las lógicas de pensamiento son escritas; sin embargo los actores sociales que permanecieron son los trovadores, adivinadores y pregoneros, por ejemplo. Afortunadamente, muchas expresiones de esa cultura oral permanecen en nosotros, como por ejemplo los versos populares, los refranes y la cuentería.

De modo que si analizarnos el discurso como un elemento comunicativo lleno de significantes, podemos obtener una visión más amplia de la vida de la clase popular y cómo está fuertemente diferenciada de las costumbres de la élite. Luego veremos cómo se lucha por esta significación en el espacio de la comunicación. Los contextos sociales que están abrigados por la cultura de lo oral son básicamente los lugares de comercio, comunión y fiesta en las que se reúnen esas personas. Un buen ejemplo son las plazas públicas que ofrecen una visión extraoficial del mundo porque es ahí donde toman lugar las groserías y juramentos, entre otros elementos extraoficiales que se consideran una violación de las reglas normales del lenguaje. Son tres las características del ambiente social y comunicativo de las plazas públicas: En primer lugar, lo que más se destaca es la lengua 'vulgar' o la palabra proclamada a viva voz (al aire libre). En segundo lugar, la ampliación extraordinaria de sus productos y sus

cualidades es una forma de grotesco hiperbólico²⁶. Y por último está la atmósfera anímica que la plaza pública provee: un ambiente de juego libre y alegre donde lo sagrado y lo profano va adquiriendo derechos iguales hasta ser incorporados juntamente en lo verbal²⁷. Las particularidades en el vocabulario popular están dadas por los contextos únicos del interaccionismo para crear un sistema complejo de símbolos que sólo entiende el que está dentro de esa cotidianidad.

Siempre ha existido una disputa entre la cultura popular y la cultura letrada²⁸ en la que la cultura dominante ha catalogado a la cultura popular como inculta y ha intentado anularla; borrarlos del mapa o borrarles el alma, aniquilarlos o asimilarlos: el genocidio o el otrocidio²⁹; pero nunca lo ha logrado; por el contrario, termina adoptándola ya que está muy arraigada y la influencia que tiene todavía sobre las personas se hace evidente en el comercio popular y la medicina no tradicional. La cultura popular se ha logrado sostener en pie debido a la huella indeleble que ha permanecido en la memoria colectiva (pero disidente) del pueblo; reproducido a través de la oralidad, gracias a esas huellas escritas sin tinta.

²⁶ Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 166 y 169.

²⁷ *Ibid.* p. 150.

²⁸ Jesús Martín-Barbero, *Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*, Ed. Universidad del Valle, 1995, p. 21.

²⁹ Eduardo Galeano, *Ser como ellos y otros artículos*, Siglo XXI, Madrid, 1999, s/p.